

RENE AVILES ROJAS

Originario de la ciudad de México, en donde nació el 28 de agosto de 1911. Falleció el 19 de enero de 1979.

Educador, ensayista e historiador. Autor de: *Siete cuentos* (1934); *Ensayos absurdos* (1934); *Una teoría estética* (1935); *Teresa Duker* (1936); *El profesor Vidriera*, precedido de *El retablo de Maese Pedro* (1942); *La doble historia del doctor Vigil* (1944); *Usted y el niño* (1946); *El amor y el odio en la educación mexicana* (1946); *Leonora* (1949); *Benito Juárez* (1957); *José María Morelos* (1957); *Vicente Guerrero* (1957); *La azotea del amanecer* (1961); *La guerra de Intervención en dos libros (El álbum de Hidalgo y La hija de Oaxaca)* (1962); *Del maestro y el discípulo* (1954); *Porfirio Barba Jacob* (1964); *Enrique González Martínez, homenaje antológico* (1964); *El mexicano y la coprolalia* (1965); *Enrique C. Rébsamen, Quetzalcóatl de la educación* (1967); y en unión de Ramón Martínez Reyes: *Realidad educativa de la niñez mexicana* (1965). Se destacó por su generoso y desinteresado esfuerzo en pro del libro mexicano.

Fuente: René Ayilés. *Vicente Guerrero, el insurgente ciudadano*. Prólogo de José Ángel Ceniceros. Grabados de Francisco Mora. México, Sociedad de Amigos del Libro Mexicano, 1957. 78 p., ils. (Colección Centenario Constitucional, 3), p. 9-12 y 67-74.

EL HEROE DE TIXTLA

“En esta parroquia de Tixtlán, a diez de agosto de mil setecientos ochenta y dos años: Yo, el bachiller don Francisco Cavallero, bautizé solemnemente, puse óleo, y crisma, a Vicente Ramón, hijo de don Juan Pedro Guerrero y de doña María Guadalupe Saldaña. . .”

He aquí, en el acta anterior, los únicos datos documentales que se conocen —hasta la fecha— acerca del nacimiento del general Vicente Guerrero. Queda en pie una interrogante: ¿El bautizo tuvo lugar el mismo día en que nació aquel niño? Sus biógrafos y, en general, los historiadores, se concretan a suponer que “nació en el mes de agosto de 1782. . .”, sin precisar día.

Tampoco se sabe con certeza cómo fueron los primeros 28

años de la extraordinaria vida de aquel joven alto, fuerte, de tez bronceína y nariz acaso aguileña, que sería famoso a poco de haberse incorporado en las filas de Hermenegildo Galeana. Se dice que Vicente Guerrero perteneció a una familia campesina, mestiza, de mediana posición. No se tienen datos sobre sus estudios escolares, si hizo algunos. Parece que, desde su temprana edad, se dedicó a las tareas del campo y luego, ya joven, al comercio de la arriería entre Tixtla y la Costa Grande del estado que hoy lleva su nombre. Algo semejante suele decirse —y escribirse— del general Morelos, por lo que respecta a los primeros 30 años de su vida. Ciertamente y por encima de notables diferencias, el desarrollo de ambos insurgentes ofrece varios puntos de contacto; los dos, Morelos y Guerrero, fueron hombres de campo, hombres que se forjaron a sí mismos en tanto trabajaban la tierra y recorrían caminos y pueblos del Sur.

En estas páginas, reconstruyendo aquellos pasos, vamos a ver cómo el campo nuestro, la tierra mexicana, sabe construir los hombres que necesita; grandes hombres de trabajo, para servir a la patria.

Soldado de Galeana

José María Morelos, cumpliendo órdenes de Miguel Hidalgo, el Padre de la Patria, en los últimos días del mes de octubre de 1810 se dirigió hacia “la costa del Sur”, encendiendo en todos los corazones limpios la llama patriótica de la independencia nacional; en Tecpan se le unieron los Galeana; más adelante, en Chichihualco, los Bravo...

También Vicente Guerrero fue de los primeros que escucharon el gran llamado de la patria. No podemos precisar el sitio ni la fecha en que se incorporó a las huestes de Morelos, pero es inconcuso que su presencia se hizo notar bien pronto, ganándose la estimación de su jefe directo, Hermenegildo Galeana.

Evocando esa época inicial, uno de sus biógrafos relata que Vicente Guerrero no dudó en abandonar su casa, en la que vivía con algunas comodidades en compañía de sus padres y de María Nieves, madre de su pequeña hijita, Natividad. Nada pudo detenerlo. Su padre, profundamente disgustado, prohibió toda comunicación con él; su madre intentó disuadirlo con lágrimas y consejos. Cariñoso y firme, Guerrero se despi-

dió de su familia y partió en busca de esos hombres, los insurgentes, que marchaban de pueblo en pueblo sembrando la revolución.

Su nombre empezó a ser famoso en diciembre del mismo año, ya como capitán de infantería. "Tata" Galeana aquilató desde luego su valor y prudencia. En Guerrero, su apellido no era tan sólo una señal que se hereda, fue un nombre, un título, que supo ganar con su personal esfuerzo. Como hablaba mexicano y su corazón era noble, los indígenas lo amaban y lo obedecían ciegamente.

Siguiendo el ejemplo de sus jefes, Galeana y Morelos, el joven capitán se adiestraba en la lucha desigual que sostenían contra un enemigo mejor armado y casi siempre más numeroso. En los trabajos de organización, como en la lucha, se le veía siempre entre los primeros, como ocurrió en Tixtla, el 26 de mayo de 1811, rivalizando en valor y audacia con los mejores jefes insurgentes. . .

Presidente de México

Guerrero tomó posesión de su alto encargo el día primero de abril de 1829, junto con el vicepresidente, general Anastasio Bustamante. Eran sus enemigos encarnizados, a partir del mismo Bustamante, todos los antiguos privilegiados y los militares que deseaban hacerse de una rápida fortuna.

Firme, enérgico, decidido, Guerrero comenzó su labor de gobierno en favor de las clases populares. "Quiso Guerrero —sintetiza José Mancisidor— hacer frente a las muchas contrariedades y abolió los estancos de tabaco; reglamentó las actividades de la Casa de Moneda; organizó la administración del ramo de minería y creó, cuando tantas necesidades lo exigían, un sistema de contribuciones directas."

En septiembre, la noche del 20, estando en el teatro, vivió momentos de inefable alegría al recibir un parte de guerra que leyó al público. Barradas, jefe español que tuvo el señuelo de reconquistar México, había sido derrotado y obligado a capitular por Santa Anna y Terán, que fueron colmados de honores por el presidente y el pueblo. México había consolidado su Independencia.

De nuevo en su tarea constructiva, el 15 de septiembre decretó la libertad incondicional de los esclavos, completando disposiciones anteriores, la de Hidalgo, la de Morelos y una

reciente de Guadalupe Victoria. Y llamando a la concordia a todos los mexicanos, dictó una ley de amnistía que permitió el regreso de Bravo y demás complicados en la rebelión de Montañón.

Con todo, sus enemigos, los enemigos del régimen, no cesaban de combatirlo y cada vez empleaban armas más bajas y sucias. Con las tropas que el general Guerrero le confió para atacar, en caso necesario, a Barradas, el vicepresidente Bustamante se levantó en armas el 4 de diciembre de ese año, en Jalapa, sin esconder sus turbias intenciones, pues en el plan de rigor, Bustamante acusaba al presidente de haber abandonado los privilegios y el bienestar del ejército, concentrando su atención en beneficio de las clases bajas del pueblo.

En cumplimiento de su deber, Guerrero encargó la presidencia a don José María Bocanegra y se dispuso a batir personalmente al nuevo adversario.

Patricio del pueblo

Mas apenas Guerrero se ausentó de la capital, el presidente interino fue depuesto y substituido por una "regencia" que se encomendó a tres personajes: Pedro Vélez, Luis Quintanar y Lucas Alamán. Sintiendo entre dos fuegos, Guerrero se retiró a su leal ciudad de Tixtla, desde donde escribió al Congreso una carta —el 3 de enero de 1830— que muestra al desnudo su grandeza ciudadana.

"Cuando subí a la silla de la Primera Magistratura de la República, no me condujo a ella otra idea que el obediencia que siempre he tributado a la voluntad nacional. . . Las circunstancias de aquella época me obligaron también a empuñar el bastón y quizá sin este sacrificio se hubiera dominado la anarquía, que quedó sofocada por un año. Me encargué del Ejecutivo sin hacienda pública, sin ejército, sin vigor las leyes, y divididos en bandos los ciudadanos que tenían que obedecerlas. . .

"Se presentaron por este tiempo los invasores en Tampico de Tamaulipas y se me revistió de las facultades extraordinarias para conservar la independencia de México y forma de gobierno; usé de ellas con la moderación que es pública, y fueron repelidos los enemigos. Quedé a pesar mío con las facultades que el Congreso General me transmitió para ver si podía contener varias revoluciones que observaba el gobierno

aunque cubiertas, pero que de vez en cuando expedían centellas...

“Al fin brotó de los escondrijos el pronunciamiento de Campeche y siguió el de diversa naturaleza en Jalapa. Yo vi entonces amagada a mi patria de una guerra horrorosa e interminable y traté de obstruir los pretextos... Pero atacan en la capital al gobierno en un estado indefenso y creciendo el exaltamiento de las pasiones, era necesario obrar ya con la espada desnuda y romper los diques de los lagos de sangre mexicana. En este caso, señor, ¿sería cordura presentarme en el campo de batalla con un ejército que se diría lo comprometía para obrar, para defender causa propia? Lejos, y muy lejos de mí tales ideas y por consiguiente debía retirarme, como me retiré a aguardar que las augustas Cámaras se reunieran para que decidan las razones y las leyes lo que no es dado a las bayonetas. Por esto, separándome del Ejército que se me encomendó, me retiré con una pequeña escolta hasta este punto, en donde permaneceré hasta que la voluntad nacional no me interrumpa mi sosiego...”

El Sur responde

Presionado por las armas de Bustamante, el Congreso dictó el 4 de febrero de 1830 una ley imperdonable: “El C. general Vicente Guerrero tiene imposibilidad para gobernar la República.” Asimismo, numerosos militares fueron obligados a secundar el ignominioso Plan de Jalapa y, como era de esperarse, innumerables conservadores se apresuraron a rendir pleitesía al nuevo amo.

El pueblo, contra lo que esperaban sus enemigos, no tardó mucho en comprender la gravedad de los sucesos y comenzó a prepararse para recobrar su dignidad cívica. El 20 de marzo, vencedor en Acapulco, el coronel Juan N. Alvarez, decía: “Me engañé cuando el 3 de enero último me adherí a este gobierno creyéndole equitativo; pero he visto, y la experiencia ha acreditado, que es antiliberal, que protege únicamente a los serviles, como habéis visto en esta ciudad...”

Por consiguiente, Guerrero no pudo permanecer en su “sosiego” de Tixtla. Los liberales, los republicanos federalistas y todos los perseguidos por el nefasto régimen de Bustamante, no pensaban ya en la sucia maniobra de que había sido víctima el Presidente de la República, que era, al fin de cuentas,

una simple persona; ahora, acudiendo en su busca, llamaban al insurgente, al general y al ciudadano Vicente Guerrero, sabiendo que no sabría negar su concurso, pues la patria se hallaba en grave peligro.

En efecto. Aunque enfermo —su herida nunca curó del todo— Guerrero volvió a sus montañas, a los caminos y pueblos del Sur, que, al llamarlo a vivir los viejos tiempos, respondían a un juramento mil veces reiterado: morir por la patria.

Bustamante, que acaso creyó alcanzar la altura de Iturbide, al ver que su plan no prosperaba conforme a sus deseos, se decidió a emplear toda clase de armas contra Vicente Guerrero, quien resultaba ser no una simple persona, sino el más entrañado símbolo de la lucha por la libertad. Armijo había caído para siempre ante las fuerzas de Alvarez. . . Nicolás Bravo, como Armijo antaño, en vano se esforzaba por vencer a su antiguo jefe, el invencible Guerrero; sólo quedaba un recurso: la traición y el asesinato. Al pueblo, y eso era Guerrero, no puede herírsele en otra forma.

Prisión, juicio y muerte

Picaluga, siniestro capitán de barco mercante, vendió al gobierno de Bustamante su inmerecida amistad con el señor Guerrero por la cantidad de cincuenta mil pesos. Así ganó sus “dineros” aquel Judas de nuevo cuño. El 14 de enero de 1830, invitó al general Guerrero a comer en su navío. Cuando el general estuvo a bordo, hizo disparar algunos cañonazos que anunciaban —luego habría de saberse— el primer acto de la traición. Terminada la comida, un grupo de oficiales enemigos se arrojó sobre Guerrero y las tres o cuatro personas que lo acompañaban, encerrándolos inermes y maniatados en los camarotes del barco.

Picaluga levó anclas y, tras seis días de travesía, el 20 llegó al puerto de Santa Cruz de Huatulco, donde entregó su prisionero a los enviados especiales de Bustamante, que llevaban, a cambio, las “treinta monedas”. El día 29, custodiado por numerosas fuerzas, fue llevado por difíciles y escondidos senderos a Oaxaca, a donde llegó el día 4 de febrero y se le encarceló en el convento de Santo Domingo. El capitán Manuel Zavala, que vivió esos angustiosos momentos para la patria, recuerda que, poco antes de llegar a Oaxaca, en la primera ocasión que Guerrero tuvo para comunicarse con alguien, que

fue el propio Zavala, le dijo "que le perdonáramos porque íbamos a ser fusilados con él, y que era responsable de nuestras familias, de nuestras vidas, por haber sido moroso en despacharnos. . ."

El juicio llevado con toda rapidez y con el deliberado fin de asesinar a Vicente Guerrero, llegó a sentencia el 11 de febrero: "...aunque sin asistencia y presencia del reo, por haber renunciado este beneficio y pedido al Consejo se le excusase de hacerlo por no tener que alegar cosa que fuese en su defensa. . ., condena al referido Vicente Guerrero a la pena de ser pasado por las armas. . ."

Siempre escondiéndose, buscando las sombras, los hombres de Bustamante aprovecharon la noche del 13 de febrero para marchar con su noble víctima a Cuilapa. El nuevo día avanzaba, las luces llegaban a todos los rincones del país; sin embargo, aquellos asesinos, alargando la noche en sus espíritus, cumplieron su fatídica comisión. . ., y Vicente Guerrero, al morir por su patria, se transformó en una viva y apasionada luz del nuevo amanecer de México.